

INTRODUCCIÓN

TOMA DE LA PALABRA

El volumen que el lector tiene ahora entre sus manos se adentra en la cultura impresa como un espacio vivo de prácticas, representaciones y conflictos, y lo hace poniéndola en diálogo con la experiencia histórica de las mujeres. Esta relación, que podría parecer evidente a primera vista, encierra, sin embargo, no pocas dificultades de interpretación: lejos de ser lineal, el vínculo entre mujer e imprenta se revela como un fenómeno históricamente discontinuo y mutable. De ahí la necesidad de formular algunas consideraciones preliminares que permitan delimitar el horizonte de este estudio y acompañar la lectura a través de las tensiones y ambigüedades que atraviesan el itinerario que aquí se propone.

La inserción de las mujeres en la cultura del libro estuvo mediada por una serie de condicionantes específicos asociados a su condición de género. El primero de estos obstáculos se sitúa en el plano de la contemporaneidad: las reticencias de cada época a reconocer en condiciones de plena igualdad el trabajo de las mujeres, frecuentemente desplazado a un segundo término. El segundo se inscribe en el ámbito de la memoria: la distancia que media entre la labor efectivamente desempeñada en el espacio cotidiano del taller, el almacén o el negocio familiar y su posterior inscripción en el reconocimiento público e historiográfico. Entre ambos planos se abre una fractura que explica por qué tantas contribuciones activas y sostenidas quedaron fuera de los relatos que dieron forma a la tradición del oficio. El tercero, de carácter más estructural, remite al sustrato cultural que, durante siglos, tendió a desvalorizar el quehacer femenino, privándolo de legitimidad simbólica y de proyección histórica. Por fortuna, asistimos hoy a una transformación sustancial: un tiempo en que las mujeres comienzan, al fin, a ocupar el lugar que legítimamente les corresponde en el espacio social y cultural del libro. Este proceso, sin embargo, ha de proyectarse también retrospectivamente, pues el olvido no es un fenómeno etéreo ni casual,

sino el resultado concreto de las fuerzas históricas, sociales e ideológicas que, de forma deliberada, han condicionado la memoria colectiva.

Así planteada, la historia que enlaza la cultura impresa con el género femenino podría conducir fácilmente al desaliento y a la renuncia. Sin embargo, basta con ampliar la mirada para transformar sustancialmente ese panorama. La narración que propongo a continuación adopta deliberadamente una orientación distinta de aquella que suele resumirse en clave exclusivamente combativa; relato que, aunque legítimo, se muestra a menudo fatigado por el peso mismo de su condición de denuncia. Las páginas que siguen, por el contrario, aspiran a imprimir un pulso diferente, nacido de la contemplación más minuciosa de esta realidad y de su entrecruzamiento con otras fuentes y sensibilidades, para ofrecer una lectura que, sin renunciar al rigor crítico, permita descubrir matices y resonancias inesperadas. Las interpretaciones aquí propuestas se sustentan tanto en el análisis de fuentes documentales primarias —protocolos notariales, registros de talleres y testamentos— como en la revisión crítica de estudios historiográficos recientes sobre el trabajo femenino en el ámbito de la manufactura del libro.

Diré, para ser sincera, que no me anima, en modo alguno, la pretensión de redactar una historia exhaustiva de las mujeres y la imprenta; de hacerlo, esta obra difícilmente podría considerarse original, ni resultaría coherente en su extensión. Tampoco me propongo ofrecer al lector curioso una enésima historia del libro y las mujeres, ni delimitar de manera concluyente el complejo territorio de tensiones en que dicha relación se inscribe en el ámbito hispánico. El horizonte de este trabajo es, en verdad, más modesto, y su empeño, deliberadamente circunscrito. Mi propósito consiste, ante todo, en poner de relieve ciertos aspectos que juzgo esenciales para quien, al tomar entre sus manos un ejemplar antiguo, sienta la inquietud de indagar quién pudo haberlo producido. De tal conocimiento surgen los enigmas de su proceso de fabricación, tan particular como fascinante. Y es precisamente en el goce de descubrir las huellas materiales de ese objeto manufacturado donde emergen, con la paciencia y el esmero del buen artesano, quienes lo concibieron y lo hicieron posible.

Ahora bien, no ocultaré —pues no lo considero necesario— que aquello que realmente me cautiva es desentrañar la ideología subyacente a todos estos procesos, es decir, las estructuras y dinámicas sociales intrínsecamente vinculadas a la situación de las mujeres desde finales del siglo xv y a lo largo del siglo xvi. Se trata de un periodo en el que, de manera particularmente elocuente, se advierte que la experiencia histórica del sexo femenino, sobre todo en lo que concierne al ámbito cultural, no puede concebirse de manera idéntica a la del hombre, sino más bien como una trayectoria diferenciada y, en muchos sentidos, autónoma respecto de esta.

Este periodo histórico posee una densidad excepcional por la confluencia de transformaciones técnicas, sociales, económicas e ideológicas que reconfigu-

ran radicalmente el orden cultural europeo y, en particular, el ámbito hispánico. En primer lugar, en este tiempo, la invención y rápida difusión de la imprenta no solo multiplica la circulación de textos, sino que instituye nuevas lógicas de producción y distribución del saber, desplazando en parte el monopolio de la transmisión cultural ejercido por las instituciones eclesiásticas y ampliando el espacio para la intervención de nuevos agentes de participación, incluidas las mujeres.

Este proceso técnico se inserta, además, en un momento de intensa expansión geográfica y comercial, en el que las rutas atlánticas y la apertura de nuevos mercados contribuyen a una reestructuración profunda de las relaciones económicas. La incipiente consolidación del capitalismo mercantil transforma la organización del trabajo: surgen talleres más complejos, estructuras familiares que integran la producción y el comercio del libro, y redes de distribución que atraviesan fronteras. Las mujeres, aunque en condiciones diferenciadas a las del hombre, participan activamente de esta nueva economía: como gestoras de talleres tras enviudar, como editoras y correctoras, o desempeñando funciones clave en la administración y comercialización de impresos.

Al mismo tiempo, esta época está marcada por el auge del Humanismo y la centralidad de la cultura letrada como herramienta de prestigio, legitimación social y control ideológico. La cultura impresa se convierte en el vehículo privilegiado para la circulación de ideas, saberes y modelos de conducta. En este contexto, la representación de la mujer en los textos —y su presencia, aún parcial, en los circuitos de producción— no puede comprenderse sino como parte de un proceso de definición de identidades sociales y de afirmación de las diferencias. La progresiva consolidación de las lógicas capitalistas contribuye, asimismo, a la redistribución del trabajo productivo y reproductivo: las mujeres quedan, a menudo, relegadas a las tareas menos reconocidas, pero no por ello menos esenciales para el sostenimiento de la sociedad. Su trabajo, frecuentemente invisibilizado en los registros oficiales, resulta sin embargo imprescindible para la continuidad y el éxito de muchas empresas familiares.

En suma, el interés de este momento histórico radica en que condensa un doble movimiento: por un lado, una ampliación real del campo cultural y económico gracias a la imprenta, la expansión mercantil también en el universo del libro y el surgimiento de nuevas formas de organización productiva; por otro, la persistencia —e incluso la institucionalización— de barreras que definen y limitan la experiencia femenina, haciendo de ella un itinerario diferenciado respecto al masculino.

En otro orden, no es, por mucho que lo repita el relato más extendido, la relación entre el libro y las mujeres un vínculo que pueda reducirse exclusivamente al ámbito de lo familiar o lo económico; tampoco cabe describirla, por su naturaleza, como meramente auxiliar o colaborativa, ni mucho menos carac-

terizarla, por su excepcionalidad, como algo extraordinario. Tales lecturas resultan, en rigor, no solo insuficientes, sino también marcadamente reduccionistas. Basta con desplazar levemente la mirada para vislumbrar horizontes interpretativos más complejos y fecundos. El relato adquiere un pulso distinto cuando la focalización se hace interna, esto es, cuando se atiende no solo a los hechos documentados en las fuentes oficiales, sino también al papel decisivo que han desempeñado las emociones en la configuración de las identidades femeninas y en la experiencia histórica que confiere sentido a la realidad. En ese territorio denso y contradictorio se abre un vasto paisaje en el que emerge un universo plural y diferenciado de mujeres que participaron activamente, de modos diversos y cambiantes, en el circuito vital del libro a lo largo del tiempo. Este enfoque permite no solo rescatar su presencia material en la manufactura, el comercio y la gestión editorial, sino también comprender la profundidad y complejidad de su implicación en todo ello. En ese encuentro poblado de discordancias se descubre un paisaje que testimonia un abarcador y diferenciado universo de mujeres, plagado de redes de sociabilidad y comunidades tejidas en torno al libro.

La tesis que vertebra este libro puede formularse atendiendo a la idea que orbita en sus páginas: la historia de la imprenta hispánica del siglo *xvi* —y, por extensión, de la cultura impresa en la temprana Modernidad— requiere ser reconsiderada a la luz de la participación femenina en sus distintas dimensiones materiales, económicas y sociales. Más que un elemento marginal, dicha participación configura un componente estructural del sistema productivo y cultural del impreso. Este estudio propone, por tanto, una lectura que desplaza la mirada desde los grandes nombres y centros de poder editorial hacia las tramas de trabajo, aprendizaje y sociabilidad en las que las mujeres intervinieron activamente. En este sentido, las manos manchadas de tinta funcionan como una metáfora crítica: designan tanto la dimensión artesanal del hacer femenino como el gesto epistemológico que permite repensar la cultura impresa desde sus márgenes operativos y simbólicos.

Para ello, el volumen se organiza de manera que el recorrido de sus capítulos acompañe, de forma gradual, la emergencia de estas mujeres en el espacio de la cultura impresa: desde la adquisición de los saberes elementales que les permitieron acceder al texto escrito, hasta la configuración de sus propios imaginarios dentro del universo tipográfico. Esta disposición responde a la voluntad de ofrecer una mirada procesual y encadenada, en la que cada parte del estudio ilumine un aspecto distinto de la relación entre género, trabajo y cultura material, y en la que las experiencias femeninas, dispersas en los archivos, se articulan en un relato común.¹

¹ El estudio se fundamenta en un corpus documental compuesto por catálogos tipográficos, testamentos, contratos de imprenta y registros notariales del siglo *xvi*, analizados desde una

El primer capítulo, «Alfabetización, aprendizaje práctico y género femenino en los albores de la Edad Moderna», examina los mecanismos mediante los cuales las mujeres fueron incorporándose a los circuitos de la lectura y la escritura. Se abordan los procesos de alfabetización en su dimensión social y pragmática, atendiendo a los contextos —domésticos, religiosos y gremiales— en que se transmitieron los saberes técnicos y lingüísticos. A través de manuales, cartillas y documentos notariales, se reconstruye un panorama que muestra cómo la imprenta y la expansión urbana del siglo xvi actuaron como catalizadores de una alfabetización funcional que alcanzó también al sector femenino en un grado diferencial. Este primer apartado sienta, por tanto, las bases materiales educativas que hicieron posible la participación de las mujeres en el mundo del libro.

El segundo capítulo, «Afectos y emociones truncadas. La familia y el trabajo en la educación sentimental de las mujeres», propone un desplazamiento desde la formación técnica hacia la esfera íntima y doméstica. En él se analiza el papel de la familia como núcleo de socialización, pero también como espacio de trabajo y de transmisión de saberes. Se examinan los impresos destinados al consumo femenino —manuales de conducta, recetarios, devocionarios y tratados médicos— que, al mismo tiempo que ampliaban el acceso a la lectura, reforzaban un modelo normativo de feminidad basado en la obediencia, el cuidado y la maternidad. El capítulo explora así la tensión entre disciplinamiento y agencia, mostrando cómo, incluso en los márgenes del hogar, las mujeres desarrollaron estrategias de lectura y escritura que transformaron su experiencia cotidiana y emocional.

El tercer capítulo, «Rituales de imprenta. Funciones y funcionalidades del invento tipográfico», amplía el foco hacia los espacios colectivos de producción y circulación de impresos. Se estudian de manera general los talleres tipográficos, las librerías, los mercados y las redes familiares que articularon la vida del libro en la península y sus territorios de ultramar. A través de protocolos notariales, testamentos y registros de talleres, se trazan las trayectorias de impresoras, viudas de editores, vendedoras y administradoras que mantuvieron viva la economía del impreso en el seno de la familia. Este capítulo subraya la importancia de las redes de colaboración y solidaridad entre mujeres, así como su papel decisivo en la sostenibilidad y continuidad del negocio tipográfico.

El cuarto capítulo, «Mujeres de imprenta: entre la agencia técnica y la producción de sentido», aborda la dimensión simbólica y discursiva del objeto de estudio. Se examina la figuración de las mujeres en los textos y en las imágenes impresas, desde las alegorías moralizantes hasta las ficciones, y se contrastan estos imaginarios con la realidad material documentada en los capítulos ante-

perspectiva de historia cultural y de género. La metodología combina herramientas de crítica textual y el análisis histórico del impreso.

riores. El análisis revela los mecanismos de estereotipificación que modelaron la memoria cultural del trabajo femenino, al tiempo que permite recuperar las fisuras y disonancias por donde asoma una subjetividad distinta, consciente de su hacer y de su palabra.

Por último, las páginas finales recogen los hilos que atraviesan el libro y los anudan en una reflexión sobre la materialidad de las manos como metáfora central de la cultura impresa. A través de ellas —manos que leen, que sostienen, que tipografían o que encuadernan— se reconoce la continuidad de una genealogía femenina que, pese a su discreción en los registros oficiales, constituye una trama esencial en la historia de la cultura del libro. Este cierre no pretende clausurar el debate, sino abrir nuevas vías de lectura que inscriban de manera definitiva a las mujeres en la historia material y simbólica del libro.

Cada capítulo, a su vez, se abre con una cita cuidadosamente elegida, cuya función trasciende la mera ornamentación. Estas voces —provenientes de escritoras, pensadoras o creadoras de distintas épocas— actúan como umbrales simbólicos que anticipan el tono y las tensiones de cada sección. Funcionan como contrapuntos ideológicos que dialogan con los temas tratados, subrayando la continuidad histórica de ciertas preguntas sobre el cuerpo, la palabra y la creación femenina a lo largo de los siglos. En su conjunto, trazan un hilo intertextual que acompaña el itinerario del texto: desde la reivindicación de la acción y el trabajo de las manos hasta la reflexión sobre la memoria, la voz y el lugar de las mujeres en la historia cultural.

Louise Bourgeois, destacada artista y escultora francesa de nuestra contemporaneidad, expresó con profunda sensibilidad que las mujeres no hemos sido definidas socialmente por lo que somos, sino por aquello que somos capaces de hacer con nuestras manos. Me ha parecido interesante titular este volumen poniendo el acento en ese hacer de las manos, antes que en su reconocimiento: un hacer que recorre una genealogía silenciosa de mujeres, a uno y otro lado del Atlántico, que, al tocar los libros, han tejido, a menudo sin plena conciencia, los hilos mismos de la cultura. Esta evocación no reivindica las manos femeninas en su dimensión estética ni intelectual, sino en su cualidad esencial como instrumentos de creación, trabajo y transformación. Al escribir estas páginas imagino, pues, esas manos, diversas en su morfología y experiencia, manchadas de tinta, abriendo caminos entre las páginas y dando forma a nuevos horizontes culturales.